

¿Y dónde? le pregunté; porque tu no tienes chupa, ni camisa, ni calzones, ni cosa que lo valga, ¿con que donde los escondiste tan presto? En la pretina de los calzones blancos, me contestó, y entre el ceñidor, y por acabar esa maniobra me pusieron como viste, que si desde el principio del pleito me cojen con ambas manos francas: otro gallo les cantara á esos tales; pero no somos viejos y sobran dias en el año.

Vaya, deja esos rencores, lo dije: á ver lo que me toca, porque ya me muero de hambre y quisiera mandar traer de almorzar. Ya está corrida esa diligencia, me contestó el Aguilucho, y por señas que ahí viene tío Chepito el mandadero con el almuerzo.

En efecto, llegó el viejecito con una canasta bien habilitada de manitas en adobo, cecina en tlemole, pan, tortillas, frijoles y otras viandas semejantes. Llamó el Aguilon á sus camaradas y nos pusimos todos en rueda á almorzar en buena paz y compañía, pero en medio de nuestro gusto nos acordamos del pulquillo, y su falta nos entristecia demasiado; mas al fin se suplió con aguardiente de caña, y fueron tan repetidos los brándis, que yo como poco ó nada acostumbrado á beber me trastorné, de modo que no supe lo que sucedió despues, ni como me levanté de allí. Lo cierto es que á la noche cuando volví en mí me hallé en mi cama, no muy limpio y con un fuerte dolor de cabeza, y de esta manera me desnudé y procuré volverme á dormir, lo que no me costó poco trabajo.

CAPITULO IX.

En el que Periquillo dá razon del robo que le hicieron en la cárcel: de la despedida de D. Antonio: de los trabajos que pasó; y de otras cosas que tal vez no desagradarán á los lectores.

LUEGO que amaneció se levantaron los presos de mi calabozo y yo el último de todos, aunque con bastante hambre, como que no habia cenadr en la nocho anterior. Mi primera diligencia fué ir á sacar una tablilla de chocolate para desayunarme; pero ¡cuál fué mi sorpresa cuando buscando en mi bolsa la llave de la cajita no la hallé en ella, ni debajo de la almohada, ni en parte alguna, y ostigado de mi apetencia rompí la expresada caja la encontré limpia de todo el ajuar de D. Antonio, al que yo miraba con demasiado cariño! Confieso que estuve á pique de partirme la cabeza contra la pared, de rabia y desesperacion, considerando la realidad del suceso, esto es, que los mismos compañeros, luego que me vieron borracho, me sacaron la llavecita de la bolsa y despabilaron cuanto la infeliz depositaba.

Yo acertaba en el juicio; pero no podia atinar con el ladron ni recabar el robo, y esto me llenaba mas de cólera; por manera que

no me detenía en advertir los funestos resultados que trae consigo la embriaguez, pues adormeciendo las potencias y embriagando los sentidos, constituye al ébrio en una clase de sensibilidad, que lo hace casi semejante á un leño, y en este miserable estado no solo está propenso á que lo roben, sino á que lo insulten y aun lo asesinen, como se ha visto por repetidos ejemplares.

En nada menos pensaba yo que en esto, lo que me hubiera importado, bastante para no haber contraído este horroroso vicio, como lo contraje, aunque no con mucha frecuencia.

Suspense, triste, cabisbajo y melancólico estaba yo sentado en la cama roéndome las uñas, mirando de hito en hito la pobre caja limpia de polvo y paja, maldiciendo á los ladrones, echando la culpa á este y al otro, y sin acordarme ya del chocolate para nada; bien que aunque me acordara en aquel acto ¿de que me habría servido si no había quedado ni señal de que había habido tablillas en la caja?

Estando en esta contemplacion llegó mi camarada Aguilucho, quien con una cara muy placentera me saludó y preguntó que ¿cómo había pasado la noche? A lo que yo le dije: la noche no ha estado de lo peor; pero la mañana ha sido de los perros.—¿Y por qué, Periquillo?—¿Cómo por qué? le dije; porque me han robado. Mira como han dejado la caja de D. Antonio. Asomóse el Aguilucho á verla y esclamó como lastimado de mi desgracia: en verdad, hombre, que está la caja mas vacía que la que llamaba D. Quijote yelmo de Mambrino. ¡Qué diablura! ¡Qué picardía! ¡Qué infamia! A mí no me espanta que roben, vamos, si yo soy del arte ¿cómo me he de escandalizar por eso? Lo que me irrita es que roben á los amigos; porque, no lo dudes, Periquillo, en el monte está quien el monte quema. Sí, seguramente que los ladrones son de casa, y yo jurara que fueron algunos de los mismos pícaros que almorzaron ayer con nosotros. Si yo hubiera oído sus intenciones, no sucede nada de es

to; porque no me hubiera apartado de ti, y no que deseoso de desquitarme de lo que gasté, fui á jugar con el resto que nos quedó, y se nos arrancó de cuajo; pero no te apures, que otro día será mañana.

Con que según eso, le dije, ¿mi para el desayuno te ha quedado? ¡Qué desayuno ni qué talega, me contestó, si anoche me acosté sin un cigarro! Pero dime: ¿qué fué lo que se llevaron de la caja? Una friolera, le dije: dos camisas, un par de calzoncillos, unas botas, unos zapatos buenos, unos calzones de tripe, dos pañuelos, unos libros, mi chocolate... .. últimamente, todo. ¡Qué bribonada! decía el mulatillo, yo lo siento hermano, y andaré listo por todos los calabozos y entresuelos, á ver si rastreo algo de eso que has dicho, que con una hilacha que encontremos, pierde cuidado todo parecerá, pero por ahora no te achucharres, enderézate, levanta la cabeza, párate [1], vamos, sal acá fuera y serénate, que no estamos hechos de trapos; mas se perdió en el diluvio y todo fué ageno, como lo que tú has perdido. Con que anda, Periquillo, ven, no seas tonto, te desayunarás.

Queriendo que no queriendo me levanté, deseoso del desayuno prometido; fuimos al calabozo del presidente, con quien habló el Aguilucho como en secreto. Abrió el comité una caja, y cuando yo pensé que iba á sacar una tablilla ó dos, y alguna torta de pan, ví que sacó una botella y un vaso y le echó como medio cuartillo de aguardiente, el que tomó mi camarada y lo pasó de su mano á la mía diciendome: toma, Periquillo, haz la mañana. Hombre, le dije, yo no sé desayunarme sino es con chocolate. Pues este es chocolate, me contestó; lo que sucede es que el que tú has bebido otras veces es de metate y este es de clavija; pero hijo, cree que este es

(1) Esto es, ponte en pié, levántate. Es comunísimo este provincialismo entre nosotros, aunque el verbo *pararse* no tiene tal acepción ó significacion en castellano.—E.

mejor, porque fortolace el estómago y anima la cabaza..... anda, pues, bebe, que el señor presidente está esperando el vaso.

Con esta y semejantes persuaciones me convenció, y entre los dos dimos vuelta al medio cuartillo, subiéndoseme la parte que me tocó mas presto de lo que era menester; pero por fin, con tan ligero auxilio, á las dos horas ya estaba yo muy contento y no me acordaba de mi robo.

Así pasamos quince dias, dándole yo al Aguilucho que comer, y él dándome que beber en mútua y recíproca correspondencia, bien es verdad que á cada instante me decia que vendiéramos ó empeñaríamos las sábanas y colcha de la cama; pero no lo pudo conseguir de mí por entonces, porque le juré y rejuré que no las vendería por cuanto habia en este mundo, y para mejor cumplirlo se las llevé al presidente rogándole me las guardara para cuando su dueño las mandara llevar á su casa.

El dicho presidente me hizo el favor de guardarlas, y yo me quedé sin mas abrigo que mi zarapillo, con lo que perdió el taimado de mi buen amigo las esperanzas de tener parte en ellas; mas no por eso se dió por sentido conmigo, ya porque era de los que no tenían vergüenza, y ya porque no le tenia cuenta ser delicado y perder la coea de mi convite al medio dia, á cuya hora jamas faltó á mi lado, pues la comida que mi incógnito bienhechor me enviaba provocaba á cortejarla, así por su razon, como por su abundancia, no digo al tosco paladar del Aguilucho, sino á otros mas esquisitos.

Yo conceptué que el tal pícaro habia sido el principal agente de mi robo, como fué en efecto, pero no me dí por entendido porque consideré que me daba á odiar demasiado entre aquella gente, y al fin mas fácil seria sacar un judío de la inquisicion que un real de lo que ellos tendrian ya hasta digerido.

Con este disimulo fuimos pasando, recibiendo yo de tragos de aguardiente los bocados que le daba al Gavilan.

Un dia que estaba yo espulgando mi sucia y andrajosa camisa, me llamaron para arriba. Subí corriendo, creyendo que fuera para alguna diligencia judicial; pero no fué el escribano quien me llamó, sino mi buen amigo D. Antonio y su esposa, que tuvieron la bondad de visitarme.

Luego que me vió me abrazó con demasiado cariño, y su esposa me saludó con mucho agrado. Yo, en medio del gusto que tenia de ver á aquel verdadero y generoso amigo, no dejé de asustarme bastante, considerando que iba por sus trastos y que yo habia de darle las cuentas del gran capitan; pero D. Antonio me sacó pronto del cuidado, pues á pocas palabras me dijo que ¿por qué estaba tan sucio y despilfarrado? Porque ya sabe vd., le contesté, que no tengo otra cosa que ponerme. ¿Cómo no? dijo mi amigo, ¿pues qué se ha hecho la ropita que dejé en lacaja? Turbéme al oír esta pregunta, y no pude menos que mentir con disimulo, pues sin responder derechamente á la pregunta, le signifiqué que no la usaba por no ser mia, diciéndole con miedo, que el supuso efecto de vergüenza: como esa ropa no es mia sino de vd.... No señor, interrumpió D. Antonio, es de vd., y por eso la dejé en su poder. Usela norabuena. Le encargué que me la guardara por espermentarlo; pero pues la ha sabido conservar hasta hoy, úsela.

La alma me volvió al cuerpo con esta donacion, aunque en mi interior me daba á Barrabás reflexionando que si él me exoneraba de la responsabilidad de la ropa, ya los malditos ladrones me habian embarazado el uso. Preguntéle ¿si habia de llevar su cama, para ir á disponerla? y me dijo que no, que todo me lo daba. Agradecíle como era justo su afecto y caridad, contándole á la señorita los favores que debia á su marido y desatándome en sus elogios; oper él embarazó mi panegírico refiriéndome como luego que salió de la cárcel fué á ver á su esposa, quien ya le tenia una carta cerrada que le habia llevado un caballero, encargándole luego que la viera fuera á su casa, pues le importaba demasiado; que habiéndolo hecho así,

supo por boca del mismo individuo que era el primer albacea del marques, quien le suplicó encarecidamente no cesase hasta sacar á D. Antonio de la prision; que le pidiese perdon otra vez en su nombre, y á su esposa, de todos sus atentados, y que se le diesen de contado ocho mil pesos, tanto para compensarle su trabajo, cuanto para resarcirle de algun modo los perjuicios que le habia inferido, y que á su esposa se le diese un brillante cercado de rubíes, que lo tenia destinado para precio de su lútricidad, en caso de haber accedido á sus ilícitas seducciones, pero que habiendo experimentado su fidelidad conyugal, se lo donaba de toda voluntad como corto obsequio á su virtud, suplicando á ambos lo perdonasen y encomendasen á Dios.

D. Antonio y su esposa me mostraron el cintillo, que era alhaja digna de un marques rico; pero los dos se enternecieron al acabar de contarne lo que he escrito; añadiendo la virtuosa joven: cuando advertí las malas intenciones de ese caballero y ví cuanto tuvo que padecer Antonio por su causa, lo aborrecí y pensé que mi odio seria eterno; pero cuando he visto su arrepentimiento y el empeño con que murió por satisfacernos, conozco que tenia una grande alma, lo perdono y siento su temprana muerte.

Haces muy bien, hija mia, en pensar de esa manera, dijo D. Antonio, y lo debemos perdonar aun cuando no nos hubiera satisfecho. El marques era un buen hombre; ¿pero qué hombre por bueno que sea deja de tener pasiones? Si nos acordáramos de nuestra miseria seríamos mas indulgentes con nuestros enemigos, y remitiriamos los agravios que recibimos con mas facilidad; pero por desgracia somos unos jueces muy severos para con los demas; nada les disculpamos, ni una inadvertencia, ni una equivocacion, ni un descuido; al paso que quisieramos que á nosotros nos disculparan en todas ocasiones.

En estas pláticas pasamos un gran rato de la mañana, preguntán-

dome sobre el estado de mi causa, y que si tenia que comer. Díjele que sí, que todos los dias me llevaban una canastita con comida, cena, dos tortas de pan, una cajilla de cigarros: que yo lo recibia y lo agradecia; pero que tenia el sentimiento de no saber á quien, pues el mozo no habia querido decirme quien era mi bienhechor.

Eso es lo de menos, dijo D. Antonio, lo que importa es que continúe en su comenzada caridad, que espero en Dios, que sí continuará.

Diciendo esto se levantaron despidiéndose de mí, y añadiendo D. Antonio que al dia siguiente saldrian de esta capital para Jalapa, adonde podria yo escribirles mis ocurrencias, pues tendrian mucho gusto en saber de mí, y que si salia de la prision y queria ir por allá, supuesto que era soltero, no me faltaria en que buscar la vida honradamente por su medio.

No era D. Antonio, como habeis visto, de los amigos que toda su amistad la tiene en el pico: él siempre confirmaba con las obras cuanto decia con las palabras; y así luego que concluyó lo que os dije, me dió diez pesos, y la señorita su esposa otros tantos, y repitiendo sus abrazos y finas espresiones, se despidieron de mí con harto sentimiento, dejándome mas triste que la primera vez, porque me consideraba ya absolutamente sin su amparo.

No dejó el Aguilucho de estar en observacion de lo que pasaba con la visita, y ni pestañaba cuando se despidieron de mí mis bienhechores, y así vió muy bien el agasajo que me hicieron, y se debió de dar albricias, como se juzgaba coheredero conmigo de D. Antonio.

Luego que éste se fué me bajé para mi calabozo bastante confundido; pero ya me esperaba en él mi amigo carísimo el Aguilucho, con un vaso de aguardiente y un par de chorizones, que no se de donde los mandó traer tan pronto; y sin darse por entendido de que habia estado alerta sobre mis movimientos, me dijo: ¡vamos Peri-

quillo, hijo! ¿qué me hayas tenido sin almorzar hasta ahora por esperararte? ¡Caramba, y que visita tan larga! Si á mano viene sería D. Antonio que te vendría á cobrar sus cosas. ¿Qué tal? ¿Cómo saliste? ¿Creyó el robo? Yo salí bien y mal le respondí. Bien, porque mi buen amigo no solo no me cobró nada de lo que dejé á mi cuidado, sino que me lo dió todo, y unos cuantos duros de socorro; y me fué mal, porque pienso que este será el último auxilio que tendré, pues él mañana sale para su tierra con su familia; y á mas de que siento su ausencia como amigo, lo he de estrañar como bienhechor.

Dices muy bien, y harás muy bien en sentirlo, dijo el Gavilan al pollo tonto; porque de esos amigos no, no se hallan todos los dias; pero como ha de ser, Dios es grande y á nadie crió para que se muera de hambre. Que mal que bien, tú verás como no te falta nada conmigo. Soy un pobre moreno; mas, hermano, aunque yo lo diga el color me agravia; pero soy buen amigo, y arañaré la tierra por, que no te falte nada. No sé si me verias allá arriba cuando estabas con tu visita. No te lo queria decir, por eso me hice disimulado ahora que bajaste; pero subí luego que supe que quien te llamaba era D. Antonio, por prevenir los testigos en caso que te cobrara y tú te acortaras; mas así que al despedirse te abrazó, perdí el cuidado con que me tenias y bajé á prevenirte este hocadito, y si no te gusta, te mandaré traer otra cosita, que todavia tengo aquí cuatro reales que acabo de ganar al rentoy. ¿Los has de menester? tómalos. No hermano, le dije, Dios te lo pague; por ahora estoy habilitado.

No te pregunto cuantos años tienes, decia el negrilla, sino que si los has de menester gástalos, y si no tíralos; pero sábetete que yo siento mas un desprecio de un amigo, que una puñalada. Si no fueras mi amigo, ni yo te estimara tanto como te estimo, seguro está que te ofreciera nada.

Te lo agradezco, Aguilita, le respondí; pero no es desprecio, sino que por ahora estoy bastante socorrido. Pues me alegro infinito de

tus ventajas como si yo las disfrutara, me respondió; pero mira que chorizoncitos tan sabrosos. Come.....

Es la lisonja astuta, y como tal se introduce al corazon por los oidos más prevenidos y circunspectos, ¿cómo no se introduciría por los míos incautos y no acostumbrados á sus malicias? En efecto, yo quedé prendadísimo del negrito, y mucho más cuando despues de repetir los brándis á menudo, me dijo con la mayor seriedad: amigo Periquillo, yo soy amigo de los amigos y no de su dinero. Acaso tú lo dudarás de mí porque me ves enredado en esta *picha* y sin camisa; pero te voy á dar una prueba que debe dejarte satisfecho de mi verdad.

Ya hemos tomado más de lo regular, especialmente tú que no estás acostumbrado al aguardiente. No digo que estás borracho, pero sí *sarazoncito*. Temo no te cargues más y te vaya á suceder lo que el otro dia, esto es, que te acabes de privar y te roben ese dinero de la bolsa, porque aquí, hijo, en tocando al pillaje, el que ménos corre vuela, y en son de una Aguila, hay un sin número de Gavilanes, Girifaltes, Halcones y otras aves de rapiña, y así me parece muy puesto en razon que vayamos á dar á guardar esos medios que tienes, al presidente, pues dándole una corta galita, porque no dá paso sin linterna, te los asegurará en su baúl y tendrás un peso ó dos cuando los hayas menester, y no que disfruten de tu dinero otros pícaros que no solo no te lo agradecerán, sino que te tendrán por un salvaje, pues no escarmentaste con la espumada que te dieron no mucho hace.

Agradecele su consejo, no previniendo la finura de su interés, y fuí con él á buscar al presidente, á quien entregué peso sobre peso los veinte que acababa de recibir.

Concluida esta diligencia, me dijo mi grande amigo que fuera á esperarle al calabozo, que no tardaba.

Yo lo obedecí puntualmente, y sentándome en la cama decia en-